

SOCIEDAD ESPAÑOLA  
DE  
ANTROPOLOGIA  
ETNOGRAFIA Y PREHISTORIA

MEMORIAS.—TOMO II.—1923



Avance al estudio de la «Cueva de la Mora» en Jabugo,  
provincia de Huelva

FOR  
EDUARDO DIAZ

De la Comisión de Monumentos de Huelva

MADRID  
PASEO DE ATOCHA, 13  
MUSEO ANTROPOLÓGICO NACIONAL

Archivo Municipal de Huelva  
Cando Diaz Hierro



## Avance al estudio de la «Cueva de la Mora», en Jabugo, provincia de Huelva

POR

EDUARDO DÍAZ

De la Comisión de Monumentos de Huelva

Invitado por mi distinguido amigo D. Juan Manuel Romero Martín, de Jabugo, para visitar la «Cueva de la Mora», cuya excavación viene efectuando sin ajenas intervenciones ni auxilios y con un método que demuestra el mejor deseo en pro del estudio científico de tan importante yacimiento, allá fui, encontrando está aquélla situada en el chorreo de la estribación montañosa que recorre a todo su largo la planicie de la caliza estrato cristalina sobre la que se asientan las modernas y prósperas villas de Jabugo y Galaroza.

Encajada dentro de una de las propiedades del Sr. Romero, la «Cueva de la Mora» muestra en su parte alta la antigua abertura con dintel de piedra que sirviera de entrada a sus últimos antehistóricos moradores, y que por estrecha galería conduce a la rotonda, mezcla de habitación y de sepulcro, a la que las estalagmitas y estalactitas, doradas por la tenue luz solar, darían la apariencia de una gruta de hadas.

Si a esto se añade que nada más hermoso a la vista que el panorama de aquellos alrededores, donde la exuberante vegetación, vivificada al calor fertilizante de los légamos que el río Murtiga arrastra y va dejando a su paso en su loca carrera de saltos y despeños a que le obliga su descenso de Fuenteheridos y que, probablemente, en tiempo de los primitivos, tanto el remanso como los altos montes estarían poblados de corpulentos árboles cuyo suelo, así como la tierra llana, ayudados por el hombre, producirían pastos y cereales abundantes que alimentarían a humanos y a animales, fácil es comprender que la región entera haya sido lugar de asiento en la que a través de los siglos crecieran y se multiplicaran razas de hombres, una de cuyas habitaciones, la «Cueva de la Mora», merced al desprendimiento de su propietario, ha comenzado ya a narrar la historia.

Vista desde su exterior, esta grande y hermosa cueva de 15 metros de

largo por 7 de ancho, parece tuvo en sus tiempos de habitación proporciones mayores que las de hoy, porque la trinchera, de más de 6 metros de largo, que para la más cómoda excavación fué preciso abrirle por debajo de la antigua entrada, le quita una buena parte de su capacidad, y además la toba terrácea adherida de tiempo inmemorial a las piedras, tanto dentro como fuera, otro tanto de anchura original, y si se tiene en cuenta el que

**Croquis del plano de la "Cueva de la Mora", Jabugo (Huelva)**  
**por D. Juan M. Romero Martín**

Escal. 1 : 100

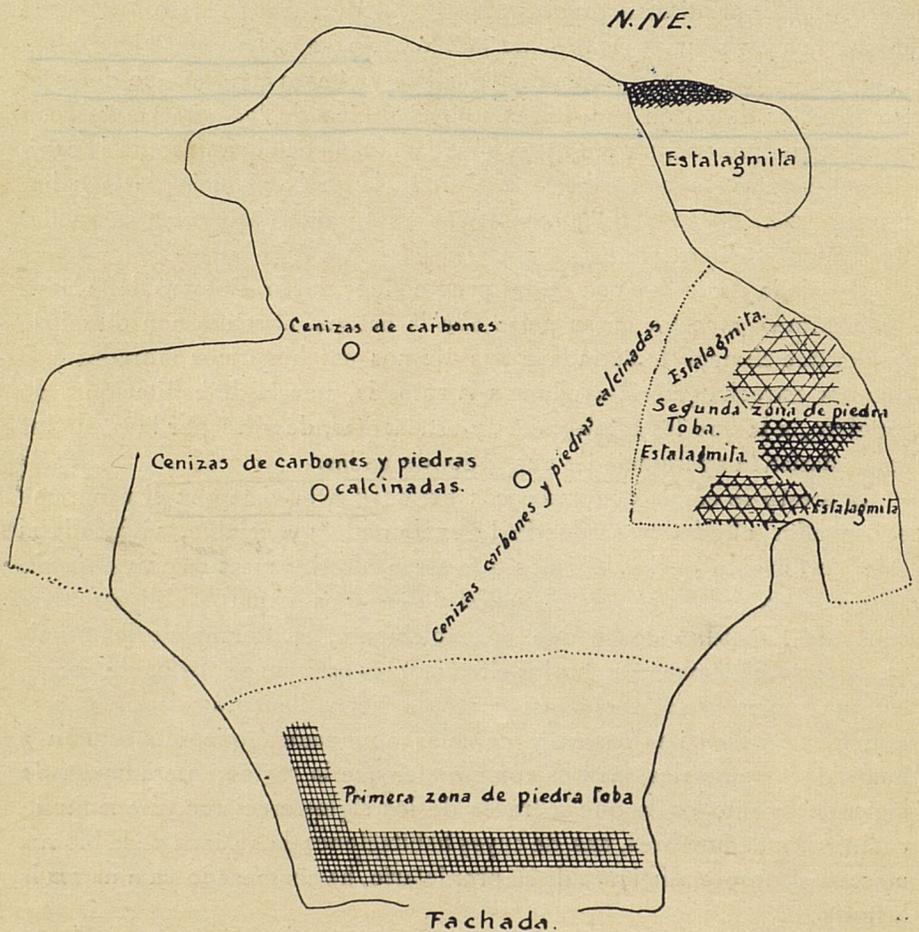


Fig. 1.<sup>a</sup>

hoy, desatorada de más de 5 metros de la tierra que en totalidad la llenaba, perdura ésta bajo las grandes rocas, ocultando, al parecer, una mayor extensión de la rotonda, lo que le dará mucha mayor capacidad, parece natural haya sido continuada habitación humana a través de las edades primitivas.

Los primeros trabajos me dijo el Sr. Romero los efectuó al comenzar el año 1906 abriendo la trinchera de acceso a la cueva, encontrando

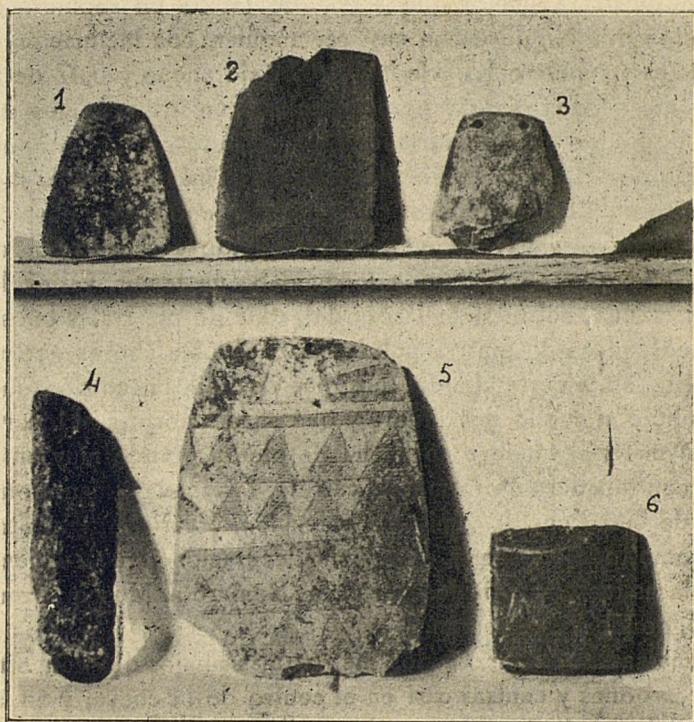


Fig. 2.<sup>a</sup>— 1, 3 y 5. Idolos placas de pizarra con cara estilizada y decoración geométrica. 2 y 6. Idolos placas de pizarra sin decoración.—4. Util de madera que se supone una cavadera primitiva.

a 0,75 metros de profundidad, en la parte más alta, carbones, cenizas y fragmentos de cerámica. Al llegar a las rocas de entrada a la cueva, hubo de demoler una gran piedra que ocultaba una antigua galería que iba al interior, llena también de carbones, cenizas y escombros, y un poco más adelante dió con un hogar compuesto por tres piedras calcinadas colocadas perpendicularmente, y sobre ellas otras dos, con espacio para la colocación de vasijas. Cercano a este hogar había un trozo grande de una

\*

de aquéllas con asa y trabajado a torno. La abertura de esta entrada, de forma trapezoidal, se componía de grandes bloques de piedra y tenía 1,50 de largo, 0,65 de alto y 0,45 de ancho, siendo de lamentar la rotura de la que formaba el arco.

Después se tropezó con una gran piedra estalagmítica, que hubo que demoler con dinamita. Bajo ella había una gruesa capa de arcilla o barro, tan compacto, que parecía no haber sido nunca removido, y más abajo, como a dos metros de profundidad del piso superior, una piedra larga, toda ella picada a mano, que servía de tapa a un sepulcro colocado en dirección S. a N., de forma casi rectangular, con inclinación al N.

Medía este sepulcro 1,25 de largo, 0,52 de ancho y 0,47 de hondo, y se componía de dos piedras perpendiculares en los extremos en que se apoyaba la grande que lo cubría, con los costados de barro apelmazado, endurecido por el tiempo, teniendo en la parte más baja de la inclinación un agujerito de 2 1/2 centímetros que taladraba uno de los costados.

Descansaba el cadáver, que estaba encogido y echado sobre el lado derecho, y de cuya osamenta sólo quedaba un fémur, varios huesos y parte del cráneo, sobre siete lascas delgadas de pizarra, y tenía junto al cuello media placa de pizarra pulida, grabada con labores geométricas y un agujerito en la parte alta del que dicen pendía un cordón que sujetaría el amuleto al cuello del difunto y que se desmoronó al tocarlo. Componían el material fúnebre un hacha de piedra grande muy afilada; una marmita con tapadera en forma de carrete, fabricada a mano; otra vasija, también de barro cocido y misma confección, y varios fragmentos de cerámica como todo lo demás, liso y sin decoración alguna. Huesos, cerámica y placas fueron remitidos por el Sr. Romero al Museo Arqueológico Nacional, donde se conservan.

Profundizando, y como a dos metros más abajo, dió con otra gruesa capa de carbones y cenizas casi en el centro de la cueva, y en las proximidades del montón, con un gran hueso ilíaco de un animal desconocido, probablemente un bóvido de gran tamaño, cuya especie sabremos cuando se estudie por personas competentes, y al final de la rotunda y en dirección E. con una galería de unos 6 metros de largo y 2 de ancho, cortada en su final por estalagmitas que se han soldado, quedando tan sólo un agujero que el continuado paso de animales que allí tuvieran su madriguera ha dejado abierto. El interior de esta galería, investigado por el Sr. Romero con ayuda de una luz y un espejo sujetos a un largo palo, ha demostrado continúa en dirección NNE., o sea hacia la sierra.

Al reanudar los trabajos de excavación a principios del presente año, el Sr. Romero abrió dos grandes zanjas en la rotunda de la cueva y no

tardó en dar con huesos humanos, hachas de piedra pulimentada, vasijas de barro lisas y con adornos, ídolos, placas con decoración geométrica grabada a cincel, ostentando unos los conocidos dos agujeritos en la parte alta, que parecen representar los ojos de una deidad cuya cara, esquematizada en forma de triángulo, se ve clara en la parte alta de la placa; otras también con parecidas labores, un solo agujero y dos soles que hacen de ojos; otros más sencillos que carecen de toda decoración; cráneos humanos



Fig. 3.—1 y 3. Platos de barro cocido lisos.—2. Escudilla de barro cocido y fondo cóncavo —4. Vaso pequeño labrado con estriás horizontales e inclinadas.—5. Recipiente para agua preparado para cuatro colgantes.

en su mayoría rotos mostrando en la dentadura el desgaste producido por la masticación de raíces y granos en crudo, y multitud de huesos y cráneos de animales pequeños en revuelta confusión con fragmentos de cerámica de todas clases.

Muchos son los considerandos a que se presta el estudio de esta interesante cueva. Llama la atención los diferentes montones de cenizas y carbones con su correspondiente hogar de piedras encontrados en distintos niveles, que parecen demostrar la continuada habitación de ésta por gentes diversas durante un incalculable número de años; el que los ente-

ramientos aparezcan primeramente en un sepulcro, único encontrado hasta ahora, y después bajo una densa capa de piedras; las vasijas enteras en el lado izquierdo de la puerta de entrada y contra la pared rocosa de la gran rotonda, y las en fragmentos diseminados en puntos distintos.

De esto parece deducirse que en tiempos del sepulcro tal vez persistiera la práctica de los enterramientos provisionales, sea inhumados o al aire libre en un bosque hasta su completa descarnación, cuando al trasla-

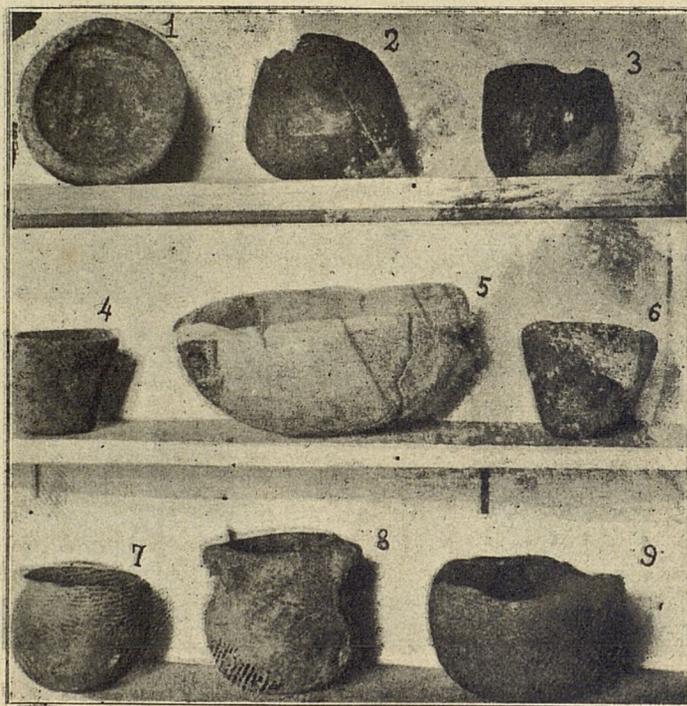


Fig. 4.<sup>a</sup>—1. Plato de barro cocido liso y sin decoración.—2. Cacharro de ídem id.—3. Vaso redondo de ídem id.—4 y 6. Vasos cónicos de barro cocido con dibujos incisos.—5. Cuenco de barro basto, semiesférico de forma y sin decoración.—7 y 9. Vasos semiesféricos de barro cocido sin dibujos. 8. Olla de barro cocido, lisa.

dar los restos a la sepultura definitiva no llegarán completos. El ídolo placa sobre el pecho de este esqueleto parece a su vez demostración de ser éstos deidades funerarias de la época, puesto que todos los de este yacimiento se encuentran allí donde están los restos humanos. Y en cuanto al agujerito del sepulcro, recuerda éste los ya conocidos de los dólmenes de Finisterre, en el túmulo de Guisseny, que parecen obedecer al culto de

un espíritu tal vez relacionado con la deidad cuya cara esquematizada ostentan algunos de los ídolos placas, tan abundantes en esta cueva.

Hallazgo importante es el del cráneo dolicocefalo encontrado a algunos metros bajo el nivel superior de la cueva y que, como se ve en la fotografía, está completo en todas sus partes, conservando la dentadura, que le acusa, por lo poco gastada, como perteneciente a un individuo fallecido en edad aun joven. La ancha abertura que en forma elipsoidal presenta en la región terminal de la bóveda craneana prueba de manera eficiente la práctica del culto supersticioso de la trepanación póstuma, tan corriente durante el neolítico, comprobada en los numerosos cráneos encontrados por Prunière y Broca en las grutas y dólmenes de La Lozère, en Francia, junto a veces con las redondelas óseas resultantes de la operación y de las que aquellos primitivos parece ser sacaban los amuletos que colgaban de sus collares.

Se diferencia este pequeño y admirablemente conservado cráneo de los hallados en Francia, en que mientras aquéllos aparecen trepanados en el parietal, donde la operación sólo sacó una pequeña redondela, este que nos ocupa presenta aquélla en la parte superior de la bóveda craneana y sobre ambos parietales, siendo el resto óseo que se sacó en forma elipsoidal y del tamaño de un huevo de pava.

Interesante es también la cerámica encontrada en esta cueva. Mezclada con fragmentos toscos de vasijas de modelo neolítico a rayas alrededor de la boca e indentos toscos en la panza, están algunos bien conservados cuencos con adornos o rayas varias que se unen en el centro exterior de la vasija y recuerdan las clásicas cazuelas de Ciempozuelos, mientras las otras lisas y sin decoración alguna, el vaso a rayas cruzadas, los pequeños vasos lisos y bien pulimentados, que por lo endurecido de la pasta parecen de piedra y son de barro; los fragmentos a indentos finos y artística colocación, y los con asa, el material de los megalíticos portugueses; y los adornos a rayas dobles hechos al parecer con un peine, la de las cuevas extremeñas, modelos que vemos repetirse en la encontrada en las cuevas de Boquique, en Plasencia, en la de Conéjar y Encinasola, en Extremadura, y en los dólmenes de Aljaraque y La Lobita, en la provincia de Huelva.

Como se ve no se ha encontrado el material de piedra bien acabado ni los collares con perlas de piedra, hueso y ámbar, ni la cerámica rellena de pasta blanca y la con ostentación del ídolo neolítico, así como tampoco las hachas y puñales de cobre, los objetos de marfil y la gran variedad de ídolos que caracteriza el eneolítico en los poblados de Almería.

Ello parece indicar se trata de un pueblo agricultor pobre, probable-

mente descendiente de aquellos arios que del Asia fueron al Africa, de donde pasaron a nuestra península y mezclados con sus pobladores formaron el pueblo Ligur, que en ella perduró hasta que las sucesivas invasiones de los celtas, los iberos y los tartesios los desposeyeron de sus dominios. De ellos sólo queda en la provincia de Huelva el nombre de «Lago Ligústico» transmitido de generación en generación desde aquellos lejanos tiempos de Tartessos, la primera ciudad de occidente en su época y el principal mercado del metal, que diera a Huelva la fama que aún conserva como el «País del Cobre».



